

población y desarrollo

El envejecimiento de la población latinoamericana: ¿hacia una relación de dependencia favorable?

Juan Chackiel



NACIONES UNIDAS



**Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía
(CELADE) – División de Población**

Santiago de Chile, agosto de 2000

Este documento fue preparado por Juan Chackiel, Jefe del Área de Demografía del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) – División de Población, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Este trabajo es una versión actualizada y ampliada de la contribución al libro Desarrollo Económico y Social (CEPAL, en preparación) y fue presentado al Encuentro Latinoamericano y Caribeño sobre las Personas de Edad, que se realizó en Santiago de Chile, entre el 8 y 10 de septiembre de 1999.

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

Publicación de las Naciones Unidas

LC/L.1411-P

ISBN: 92-1-321634-3

Copyright © Naciones Unidas, agosto de 2000. Todos los derechos reservados

Nº de venta: S.00.II.G.80

Impreso en Naciones Unidas, Santiago de Chile

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N. Y. 10017, Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

Índice

| | |
|---|----|
| Resumen | 5 |
| Introducción | 7 |
| I. Aspectos conceptuales del envejecimiento | 9 |
| II. El envejecimiento como expresión de la transición demográfica | 13 |
| III. Situación y perspectivas del envejecimiento en América Latina | 17 |
| 1. Tendencias recientes y situación actual..... | 17 |
| 2. Perspectivas del envejecimiento en los próximos cincuenta años | 18 |
| IV. ¿Hacia una relación de dependencia favorable? | 23 |
| 1. La relación de dependencia demográfica | 23 |
| 2. Las relaciones de dependencia efectiva y real..... | 26 |
| 3. Las interpretaciones de la evolución futura de la relación de dependencia..... | 29 |
| Reflexión final | 33 |
| Bibliografía | 35 |
| Serie Población y desarrollo: números publicados | 37 |

Índice de cuadros

| | | |
|----------|--|----|
| Cuadro 1 | Tasa global de fecundidad, esperanza de vida al nacer y porcentaje de población de 0-14 y 60 y más años de edad, para países y años seleccionados..... | 15 |
| Cuadro 2 | Relación de dependencia total, de menores de 15 años y de 60 y más años para países y años seleccionados..... | 24 |
| Cuadro 3 | Relación de dependencia demográfica según nivel de pobreza para países y años seleccionados..... | 27 |
| Cuadro 4 | Tasa de actividad y relación de dependencia efectiva, según años y países seleccionados..... | 27 |
| Cuadro 5 | Relación de dependencia demográfica, efectiva y real de Brasil (1996), Chile (1996) y Honduras (1997), por grandes grupos de edades, según grado de pobreza..... | 29 |

Índice de gráficos

| | | |
|-----------|--|----|
| Gráfico 1 | Pirámides de la población por sexo y edad para países y años seleccionados..... | 16 |
| Gráfico 2 | Relación niños-viejos de países seleccionados..... | 21 |
| Gráfico 3 | América Latina: tasas de crecimiento de la población, según grupos de edades..... | 21 |
| Gráfico 4 | Relación de dependencia demográfica y efectiva para países seleccionados 1995..... | 28 |
| Gráfico 5 | Relación de dependencia demográfica..... | 28 |

Resumen

En las sociedades actuales hay dos hechos que llaman la atención en torno al tema del envejecimiento: las personas viven en promedio más años que antes y hay un importante crecimiento en el número de personas en edades avanzadas. Estos dos aspectos constituyen conceptos diferentes aunque relacionados. El primero es la prolongación de la vida de los individuos; el segundo corresponde al envejecimiento de las poblaciones, que generalmente se expresa en un aumento en la proporción de personas mayores. Este último es la consecuencia del proceso de transición demográfica que se caracteriza por los descensos de la mortalidad, precisamente por la prolongación de la vida, y de la fecundidad.

Los indicadores de envejecimiento de la población muestran una gran heterogeneidad entre países latinoamericanos, consecuencia de las disímiles tendencias demográficas a que han estado sujetos. En 1995 la proporción de personas de 60 y más años de edad, en un país de transición demográfica moderada como Guatemala, apenas supera el 5 por ciento, mientras que Uruguay, con una transición avanzada y precoz, alcanza a 17 por ciento. América Latina, que expresa la situación de la mayoría de los países, tiene en promedio 7.4 por ciento de población en ese tramo de edades. Salvo el caso uruguayo, y en menor medida los de Argentina y Cuba, la región dista mucho de aproximarse a la de países desarrollados. Como consecuencia del “boom” de nacimientos ocurrido hace cuatro o cinco décadas, la región se verá enfrentada a una “ola” de aumento de los mayores de 60 años. Entre 2010 y 2025 la tasa de crecimiento de ese segmento se

acercará al 4 por ciento medio anual, mayor aún a la que existió para la población total durante la llamada “explosión demográfica”. Por ello, a partir del 2000 la población de adultos mayores de América Latina se duplicará en sólo dos décadas, alcanzando a aproximadamente 80 millones de personas. El documento destaca los desafíos de esta situación (salud, pensiones y jubilaciones, integración social) y las características específicas del proceso (mayor proporción de mujeres, coexistencia de generaciones).

Hay algunos elementos que permiten tener una visión positiva de este proceso, al menos para las próximas décadas. Para ello es necesario considerar la relación de dependencia total que incorpora la carga demográfica de niños y viejos conjuntamente. Debido al estancamiento que ya se percibe en la población menor de 15 años, la carga demográfica total tendría una tendencia a descender a valores notoriamente inferiores a los observados en el pasado, aunque luego se proyecta que ocurrirá cierta recuperación. Este “bono demográfico” se presenta en los países que han tenido una baja importante de la fecundidad en décadas recientes. Si bien en este período, de más baja relación de dependencia demográfica, se tendrían condiciones favorables para enfrentar la presión de la demanda de empleos, en el documento se presentan argumentos en la dirección de considerar que en la relación de dependencia real tienen un peso predominante la participación en la actividad económica y la capacidad de creación de empleos. También se consideran otras limitaciones a esta visión optimista: por un lado el hecho de que en los sectores sociales de menos ingresos la relación de dependencia todavía permanecerá alta, por estar más atrás en el proceso de transición demográfica y, por otro lado, podrían ocurrir efectos adversos debido una población activa más envejecida.

Introducción

Cuando al final de la década de 1950, Aldo Solari (1957) comenzó a plantear los problemas del envejecimiento en el Uruguay, el resto de América Latina alcanzaba sus más altas tasas de crecimiento y el más elevado porcentaje de niños y jóvenes. Se vivía lo que se dio en llamar la “explosión demográfica”; la mayor preocupación se centraba en cómo dar atención a tan enorme contingente de madres y niños y, para ciertos sectores, en cómo poner freno a un crecimiento de la población que se consideraba una fuerte traba a los esfuerzos del desarrollo. En aquel entonces se estaba lejos de pensar que esa situación era el preludio de profundos cambios en el comportamiento y perfil demográficos de la región. El propio Solari (1987) comentaba la incredulidad de un destacado demógrafo francés respecto a que en América Latina existiera un país con problemas de envejecimiento de su población y a que la región pudiera enfrentar tal situación a corto y mediano plazo.

Es hoy bien conocido que el Uruguay, y en menor medida la Argentina, comenzaron tempranamente en este siglo su transformación demográfica, y cuentan con un mayor contingente relativo de personas en edad avanzada. Aquí se trata de determinar si este proceso también afecta a los demás países de la región, y en qué medida se acercan o distan de la situación propia de los países desarrollados. Las estimaciones y proyecciones de población efectuadas por las Naciones Unidas para el período 1950-2050, permiten verificar la validez de las afirmaciones que sugieren una aceleración del envejecimiento en América Latina en años recientes y, quizás, romper algunos “mitos” acerca de la situación real y sus consecuencias a corto plazo.

En primer lugar se discuten aspectos conceptuales sobre el tema, en particular se efectúan precisiones terminológicas en torno al envejecimiento de las personas y de las poblaciones, así como de los indicadores utilizados para medir estos fenómenos. Posteriormente, se analiza el envejecimiento de la población latinoamericana en el marco de la transición demográfica, lo que se documenta con los datos disponibles.

De todas maneras, es innegable que la estructura por edades de la población latinoamericana está cambiando hacia una mayor proporción de personas en edad avanzada, por lo que más temprano o más tarde, estos países enfrentarán el desafío que esto acarrea en los aspectos sociales, económicos, culturales, políticos y éticos. Las consecuencias y las formas de encarar el envejecimiento de la población son muy variadas. Aquí se hace referencia a estos aspectos al considerar la dirección e intensidad del fenómeno, clasificando a los países de la región según el estadio de la transición demográfica en que se encuentran. En particular se examina en mayor detalle los impactos en la relación de dependencia, considerando su importancia del punto de vista socioeconómico.

Como se verá, los planteos conceptuales y metodológicos que se utilizan en lo que sigue se han visto valiosamente enriquecidos por el legado que ha dejado Solari. Es ésta una muy buena oportunidad para hacer un público reconocimiento a sus aportes en el campo de la demografía, los que además se vieron beneficiados por su amplia perspectiva en las ciencias sociales. El que las Naciones Unidas haya dedicado a 1999 como el Año Internacional de las Personas de Edad, es una ocasión propicia para resaltar la contribución de Solari al estudio del envejecimiento y su permanente preocupación por la población de adultos mayores.

I. Aspectos conceptuales del envejecimiento

En las sociedades actuales hay dos hechos que llaman la atención en torno al tema del envejecimiento: las personas viven en promedio más años que antes y hay un importante crecimiento en el número de personas en edades avanzadas. Estos dos aspectos constituyen conceptos diferentes aunque relacionados. El primero es la prolongación de la vida de los individuos; el segundo corresponde al envejecimiento de las poblaciones, que generalmente se expresa en un aumento en la proporción de personas mayores.

El proceso de envejecimiento biológico de los individuos, como tal, es irreversible y ocurre a lo largo de toda la vida. Sin embargo, se considera vieja a la persona que está en la etapa final de la misma, en la que dicho proceso se hace más acelerado y va comprometiendo las facultades físicas y mentales. Desde un punto de vista sociodemográfico y jurídico-laboral se considera que la vejez comienza a partir de cierta edad o, mejor dicho, de un cumpleaños específico. Este umbral es, sin duda, arbitrario y no puede contemplar la multidimensionalidad de un estado que depende de muchos factores, en los que la edad por sí sola nada significaría. Visto de otra manera, la edad umbral es sólo un indicador sintético de una condición que involucra probablemente como elemento central el estado de salud de las personas, pero también aspectos sociales, psicológicos, culturales, políticos, etc. Incluso, el avance tecnológico, más allá del referido a la medicina, permite a las personas con alguna discapacidad prestar servicios a la sociedad que en otra época hubieran requerido una gran fuerza y destreza física.

Laslett (1996) señala que el establecimiento de una edad para la vejez es una construcción social, que sólo parcialmente está determinada por factores biológicos o psicológicos. La categoría “viejo” es, por consiguiente, un “estado adscripto”, generalmente aceptado por las personas pertenecientes a él, pero no elegido. Ello conduce a la no existencia de homogeneidad acerca de las características de ese “estado adscripto” y de la fijación de la edad de su inicio. Estos varían de país a país, de cultura a cultura, y a través del tiempo. Dicho autor menciona, adicionalmente, la posibilidad de distinguir cuatro etapas del ciclo de vida: la “primera edad”, relacionada con la infancia y la juventud; la “segunda edad”, vinculada a la vida activa y reproductiva; la “tercera edad”, referida a la etapa activa de retiro; y “la cuarta edad” que alude a la fase de declinación, mayor dependencia y deterioro más acelerado.¹ La propuesta novedosa de incorporar una cuarta edad al ciclo de vida, proviene del aumento del promedio de años de vida observado en los países más desarrollados, lo que haría inadecuado el tradicional “estado adscripto” de “viejo” que comprende tan diversas situaciones.

Considerado de esta manera, el término “tercera edad” no sería sinónimo de “vejez”, sino que sólo se refiere a una etapa específica de esa condición. Con este término se trata de describir aquella etapa de la vejez en que las personas son relativamente autónomas, activas y socialmente integradas.² Tout (1989), citando a otros autores, señala la existencia de estas dos fases de la vejez (Neugarten, 1976),³ indicando que la primera abarcaría aproximadamente entre los 60 y 75 años de edad y la segunda de 75 en adelante. A su vez, sobre “tercera edad” como expresión genérica de los viejos, decía Solari (1987): “El cambio de la expresión “viejos” por “tercera edad”, por ejemplo, simboliza bien el pasaje de un calificativo que se considera como implicando al menos un cierto desdén por otro que traduce una valoración positiva.”... “Esos cambios son positivos y si he utilizado muchas veces en este trabajo la expresión “viejos”, que por cierto se me aplica, es porque para mí no tiene ninguna significación valorativa de carácter negativo. Pero si bien esos cambios son positivos, no creo que convenga exagerar su importancia.”

El hecho de que la edad y otras características que integrarían el concepto de vejez varíen según culturas, países o clases sociales, tiene implicaciones muy importantes para el análisis de una región tan heterogénea como América Latina, cuyos países presentan muy fuertes desigualdades sociales. Los grupos de bajos ingresos, que por necesidad trabajan hasta después de la edad legal de retiro, se saltarían la etapa de la tercera edad, muy ligada al disfrute de la vejez, y tempranamente llegarían a la fase de declinación y deterioro de sus capacidades la que por otra parte sería breve, por cuanto ellos tienen una esperanza de vida menor. Es posible que esta distinción emergente entre tercera y cuarta edad sea de gran utilidad para los países que ya han logrado esperanzas de vida al nacimiento cercanas a las de regiones más desarrolladas, como Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba y Uruguay. En cambio, se justificaría menos en países de menor desarrollo relativo, salvo quizás para destacar las diferencias con otras realidades o las fuertes desigualdades internas.

Por su parte, el proceso de envejecimiento de las poblaciones se da a través del cambio en su distribución por edades. En este caso, el grado de envejecimiento varía según el indicador o los indicadores que se consideren, que pueden ser la edad media o mediana de la población, la proporción de personas menores o mayores de cierta edad, la relación entre el número de viejos y de niños (o la inversa), etc. En concordancia, es común que se tome como indicador el porcentaje de viejos, definidos como los mayores de una edad específica, que puede ser 60, 65, 70 o cualquier otra, a pesar de las limitaciones que se señalaron sobre la fijación de una edad umbral.

Para analizar el acelerado envejecimiento de la población uruguaya, Solari (1957) utilizó los siguientes indicadores: el porcentaje de viejos (60 y más años de edad) sobre el total de la

1 En nuestra cultura esta cuarta edad podría corresponder a la categoría de “anciano”.

2 También con este sentido se usa la expresión “adulto mayor”.

3 Se refiere a los dos grupos como: “Young-Old” y “Old-Old”.

población, el cociente entre viejos y población activa (15–59 años de edad) y el cociente de viejos sobre niños (menores de 15 años de edad). El primero es el indicador clásico; el segundo expresaría la carga demográfica que representan las personas de edad avanzada (relación de dependencia económica potencial); y el último, la capacidad de renovación de la población (la inversa de este indicador es el número de niños por cada viejo). Corroborando el acierto de Solari, Chesnais (1990) propuso usar los mismos indicadores, fundamentándolo en que lo más apropiado es definir el envejecimiento como la “inversión de la pirámide de edades”, pues, desde el punto de vista económico y social, el hecho más sobresaliente es la disminución proporcional de los jóvenes, es decir el estrechamiento de la base de la pirámide.

II. El envejecimiento como expresión de la transición demográfica

Ligado a las transformaciones económicas y sociales ocurridas en Europa a partir del siglo XVIII, se dieron cambios importantes en el comportamiento demográfico, caracterizados por descensos de la mortalidad en una primera etapa, y más tarde en la fecundidad. En este sentido la transición demográfica se entendería como el pasaje de un régimen demográfico de equilibrio, constituido por altos niveles de mortalidad y fecundidad, a una nueva fase de equilibrio con baja mortalidad y fecundidad. Si bien éstos son los dos factores principales del cambio demográfico, las migraciones pueden jugar un papel importante en países con población poco numerosa, como Uruguay (Solari, 1987).

En la pretransición la esperanza de vida al nacer oscilaba en torno a los 25 años y la tasa global de fecundidad era de entre 5 y 6 hijos por mujer, lo que implicaba tasas brutas de mortalidad y natalidad del orden del 40 por mil. En la etapa final de la transición, propia de los países hoy desarrollados, la esperanza de vida al nacer alcanza valores cercanos a 80 años y el número medio de hijos está próximo a 2. Hacia fines del siglo XX, prácticamente todos los países han entrado en este proceso de cambio demográfico, aunque mostrando enormes diferencias entre ellos y entre los diversos estratos de sus poblaciones. En el cuadro 1 se presentan, entre otros indicadores, las esperanzas de vida al nacer y las tasas globales de fecundidad de países latinoamericanos en distinta etapa de su transición demográfica, incluyendo también datos de Francia y Japón con fines comparativos.

Este proceso que en Europa ha tomado entre 150 y 200 años, en los países en vías de desarrollo se da en forma mucho más acelerada. Por ejemplo, en América Latina la esperanza de vida al nacer aumentó 20 años en promedio (de 50 a 70) durante la segunda mitad de este siglo y se pasó de una tasa global de fecundidad de 6 a menos de la mitad en las últimas tres décadas. Las diferencias en la velocidad de la transición, así como la especificidad del proceso, tienen su explicación en el contexto histórico considerado y en los mecanismos que producen los descensos de la mortalidad y la fecundidad.

Chesnais (1990) identifica cuatro etapas de la evolución de la estructura por edades de una población, consecuencia de los cambios demográficos mencionados. La primera ocurre cuando se producen intensos descensos de la mortalidad, con todavía altas tasas de fecundidad. Como la baja de la mortalidad en esa etapa ocurre principalmente en edades tempranas, el efecto es similar al de un aumento en la fecundidad y tiene como consecuencia un rejuvenecimiento de la población. En América Latina como promedio esta fase se observa aproximadamente entre 1950 y 1965 y se refleja en que el porcentaje de menores de 15 años de edad se acerca al 44 por ciento de la población total (véase el cuadro 1).⁴

Luego, en la fase de plena transición demográfica que se expresa en un descenso más acelerado de la fecundidad que de la mortalidad, hay un envejecimiento por la base de la pirámide, al ocurrir una contracción en el porcentaje de niños.⁵ La tercera etapa, se observa en los países que están en una transición demográfica avanzada reciente, en que la base de la pirámide es estrecha, las edades centrales se ven abultadas por la alta fecundidad de un pasado no muy lejano, y aún no se percibe un aumento importante en la proporción de ancianos.⁶

Finalmente, cuando ya la fecundidad es muy baja y las ganancias en mortalidad se dan con fuerza en las edades superiores, el proceso de envejecimiento se hace más notorio y acelerado. En estos casos se puede hablar de poblaciones envejecidas, en que el porcentaje de personas de 60 años y más es cercano al 20 por ciento. Uruguay es el país más próximo a esta situación, con 17 por ciento.⁷

La morfología de la pirámide de edades está fundamentalmente determinada por los niveles de fecundidad. Así, es bien conocido que a los países con una alta natalidad les corresponde la clásica pirámide de base ancha, y a los de baja fecundidad una forma más bien rectangular (gráfico 1). Sin embargo, cuando se ha alcanzado una fecundidad muy baja, pareciera que los cambios hacia un mayor envejecimiento estarían radicados en los aumentos en la sobrevivencia a edades superiores. Esto ya está ocurriendo en los países desarrollados. Bourgeois Pichat (1985) planteaba que la próxima transición, o lo que se podría llamar post-transición demográfica, se caracterizará por un fuerte descenso de la mortalidad en edades avanzadas e incluso por un aumento en el límite máximo de la vida, que hasta ahora no ha sufrido mayores cambios y se sitúa entre 115 y 120 años de edad. En su opinión se debería estar preparado para alcanzar esperanzas de vida al nacer del orden de 95 a 100 años.

Los cambios en la mortalidad y la fecundidad no tienen un efecto inmediato importante sobre la estructura por edades, sino retardado por una inercia proveniente principalmente de los altos niveles de fecundidad del pasado. Este fenómeno se conoce como “potencial de crecimiento de una población” o “efecto eco”. El promedio de hijos por mujer disminuye, pero el número de nacimientos continúa creciendo debido al alto contingente de mujeres que llegan a la edad de procreación. Así, por ejemplo, algunos países de la región muestran una fecundidad y mortalidad similares a los países desarrollados, pero aún mantienen un alto crecimiento de su población y una estructura por edades relativamente joven.

4 En la actualidad, podrían ubicarse en esta etapa países de la región en transición incipiente y moderada como Bolivia, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay.

5 Países en plena transición: Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Panamá, Perú, República Dominicana y — Venezuela.

6 Corresponde a Chile y Cuba. Brasil estaría próximo a esta fase, aunque su mortalidad es aún relativamente alta para integrarse a este grupo.

7 A esta etapa corresponden Argentina y Uruguay. Cuba está próxima a ella.

Cuadro 1

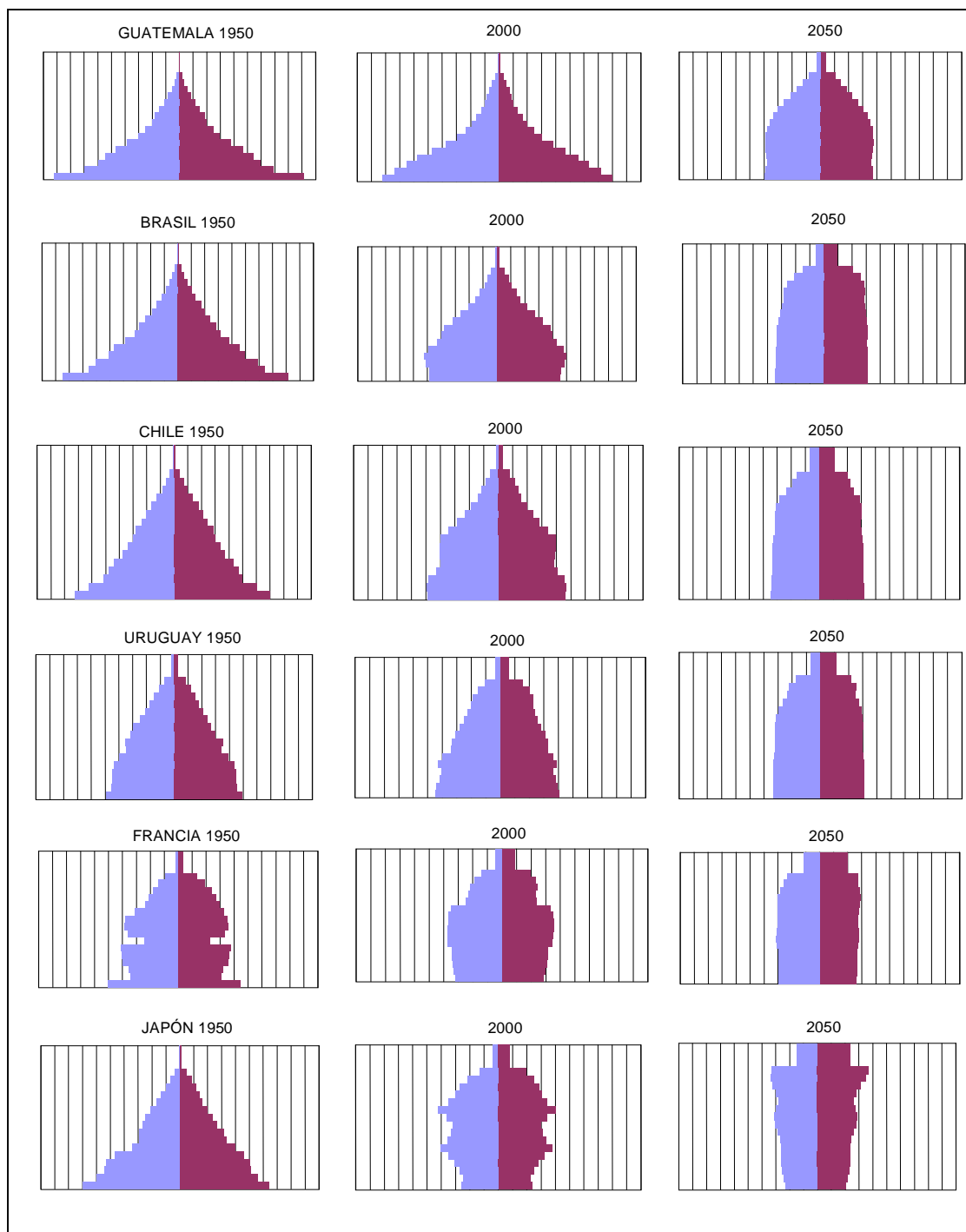
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD, ESPERANZA DE VIDA AL NACER Y PORCENTAJE DE POBLACIÓN DE 0-14 Y 60 Y MÁS AÑOS DE EDAD, PARA PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

| Indicadores demográficos | 1950 | 1970 | 1995 | 2010 | 2025 | 2050 |
|--|------|------|------|------|------|------|
| América Latina | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 5.9 | 5.4 | 2.8 | 2.3 | 2.2 | 2.1 |
| Esperanza de vida al nacer | 51.8 | 60.2 | 69.4 | 72.9 | 75.7 | 78.9 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 40.0 | 42.4 | 33.8 | 27.8 | 23.6 | 20.0 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 6.0 | 6.4 | 7.4 | 9.4 | 14.0 | 22.6 |
| Guatemala (transición demográfica moderada) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 7.1 | 6.5 | 5.2 | 3.7 | 2.6 | 2.1 |
| Esperanza de vida al nacer | 42.0 | 52.0 | 63.4 | 68.3 | 72.6 | 77.4 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 44.1 | 45.8 | 45.1 | 39.8 | 32.0 | 22.7 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 4.3 | 4.4 | 5.3 | 5.4 | 6.9 | 14.3 |
| Brasil (plena transición demográfica) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 6.2 | 5.1 | 2.4 | 2.1 | 2.1 | 2.1 |
| Esperanza de vida al nacer | 51.0 | 58.9 | 67.2 | 71.3 | 74.7 | 78.4 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 41.5 | 42.4 | 31.8 | 25.2 | 22.2 | 19.7 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 4.9 | 5.7 | 7.1 | 9.7 | 15.4 | 24.1 |
| Chile (transición demográfica avanzada reciente) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 5.0 | 4.0 | 2.4 | 2.2 | 2.1 | 2.1 |
| Esperanza de vida al nacer | 54.8 | 62.1 | 74.8 | 77.0 | 78.8 | 80.7 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 36.7 | 39.2 | 29.4 | 24.9 | 22.2 | 19.7 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 6.9 | 7.7 | 9.6 | 12.5 | 18.2 | 23.5 |
| Uruguay (transición demográfica avanzada antigua) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 2.7 | 2.9 | 2.4 | 2.2 | 2.1 | 2.1 |
| Esperanza de vida al nacer | 66.3 | 68.7 | 73.5 | 76.6 | 78.9 | 81.3 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 27.9 | 27.9 | 25.0 | 23.5 | 21.2 | 19.3 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 11.8 | 12.9 | 17.0 | 17.5 | 19.3 | 24.5 |
| Francia (transición demográfica completa) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 2.7 | 2.4 | 1.7 | 1.9 | 2.0 | 2.0 |
| Esperanza de vida al nacer | 66.5 | 73.1 | 77.6 | 79.5 | 80.9 | 82.4 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 22.7 | 24.8 | 19.5 | 17.5 | 17.2 | 16.7 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 16.2 | 18.1 | 20.0 | 22.9 | 28.1 | 31.4 |
| Japón (transición demográfica completa) | | | | | | |
| Tasa global de fecundidad | 2.8 | 2.1 | 1.5 | 1.6 | 1.7 | 1.8 |
| Esperanza de vida al nacer | 63.9 | 72.2 | 79.8 | 80.9 | 82.1 | 83.6 |
| Porcentaje de población de 0 a 14 años de edad | 35.4 | 24.0 | 16.0 | 14.8 | 13.5 | 13.8 |
| Porcentaje de población de 60 y más años de edad | 7.7 | 10.6 | 20.5 | 29.3 | 32.9 | 37.6 |

Fuente: CELADE (1998), Boletín Demográfico N° 62; Naciones Unidas (1998), "Population prospects – the 1998 revision".

Gráfico 1

PIRÁMIDES DE LA POBLACIÓN POR SEXO Y EDAD PARA PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS



Fuente: CELADE (1998), Boletín Demográfico N° 62; Naciones Unidas (1998), "Population prospects – the 1998 revisión".

III. Situación y perspectivas del envejecimiento en América Latina

1. Tendencias recientes y situación actual

Para analizar el cambio en la estructura por edades se han seleccionado cuatro países que representan distintas etapas de la transición demográfica y cubren en forma razonable el espectro de situaciones observadas en la región. Ellos son: Guatemala, Brasil, Chile y Uruguay.

Los indicadores de envejecimiento de la población muestran una gran heterogeneidad entre países latinoamericanos (cuadro 1 y gráfico 2), consecuencia de las disímiles tendencias demográficas a que han estado sujetos. En 1995 la proporción de personas de 60 y más años de edad, en un país de transición demográfica moderada como Guatemala, apenas supera el 5 por ciento, mientras que Uruguay, con una transición avanzada y precoz, alcanza a 17 por ciento. América Latina, que expresa la situación de la mayoría de los países, tiene en promedio 7.4 por ciento de población en ese tramo de edades. Salvo el caso uruguayo, y en menor medida los de Argentina y Cuba, la región dista mucho de aproximarse a la de países desarrollados. En el cuadro citado se incluyeron Francia y Japón, que tienen aproximadamente un quinto de su población en edades avanzadas.

En la población femenina hay un mayor porcentaje de personas en edades avanzadas y esa diferencia ha sido creciente. Hoy, 8 por ciento de las latinoamericanas tienen 60 años y más, mientras que sólo 6.7 por ciento de los hombres superan esa edad. De acuerdo a las proyecciones, la diferencia irá en aumento y a mediados del próximo siglo esta proporción será de aproximadamente 25 y 20 por ciento, respectivamente. La diferencia es mayor cuanto más hayan avanzado los países en la transición demográfica. En los casos aquí analizados, el rango actual es de una diferencia de 0.3 puntos porcentuales en Guatemala frente a 4.2 puntos en Uruguay y 5.5 en Francia. En América Latina, ello conduce a relaciones de masculinidad en la vejez del orden de 87 hombres por cada 100 mujeres, y tenderán a 80/100 en cincuenta años más. El factor principal que explica la diferencias por sexo es la mortalidad. En América Latina se espera que en promedio una mujer viva 6.4 años más que los hombres, y en Japón, país que detenta la más baja mortalidad en el mundo, esa diferencia alcanza a casi 8 años. Considerando la esperanza de vida a los 60 años, las mujeres tienen expectativas de vivir en promedio entre tres y cuatro años más que los hombres, lo que puede alcanzar hasta 20 por ciento más de sobrevivida a esa edad.

En este sentido las mujeres enfrentan una enorme paradoja: viven más que los hombres, pero en la mayoría de los casos deben enfrentar solas, como viudas, y muchas veces teniendo familiares a su cargo, una vejez precaria. A ello contribuyen los bajos ingresos que reciben y las malas condiciones de salud propias de la edad.⁸ De hecho hay una fuerte inequidad de género durante las edades activas, que luego repercute en un menor ingreso en las edades avanzadas. Sobre todo en los sistemas de pensiones de capitalización las mujeres reciben menores retribuciones por haber aportado menos, debido tanto a que han participado menos, y con interrupciones, en la actividad económica, como por el hecho de percibir menores remuneraciones que los hombres.

Dado que el envejecimiento implica la observación de la pirámide de edades en toda su extensión, es más correcto realizar la comparación tomando como indicador la relación entre niños (menos de 15 años) y viejos (60 años y más). En América Latina, la relación es cercana a 450 niños por cada cien viejos, lo que implica una situación intermedia en el mundo (gráfico 2). En la región, el indicador varía entre aproximadamente 900 y 150 niños por cien viejos, en Guatemala y Uruguay respectivamente. En los países más envejecidos ya a comienzos de la década actual estas dos subpoblaciones se han equiparado, por lo que la relación es inferior a cien. En otras palabras, siguiendo las ideas de Chesnais, el mundo desarrollado estaría viviendo el momento en que se produce la “inversión de la pirámide de edades”.

Por lo descrito, pareciera que el envejecimiento no fuera tan agudo en la región y que sería exagerado equipararla con los países desarrollados. De hecho, en las últimas cuatro décadas el porcentaje de mayores de 60 años habría aumentado únicamente dos puntos porcentuales en países como Chile y Brasil, aumento notoriamente menor al ocurrido en Japón, Francia e incluso Uruguay. El Japón es un caso excepcional, pues en el mismo periodo incrementó en 12 puntos porcentuales dicha proporción. La continuación del envejecimiento en los países desarrollados se debe a una etapa postransicional caracterizada por una fecundidad aún más baja y una esperanza de vida al nacer que continúa aumentando. Además, la mortalidad, al ser muy baja en las edades tempranas, desciende principalmente por la prolongación de la vida de las personas mayores, afectando favorablemente la sobrevivencia en la vejez. En muchos de estos países contribuye a agravar el envejecimiento el que la baja de la fecundidad haya roto la barrera de los 2 hijos por mujer, nivel que asegura el reemplazo de la población.

El aparente lento proceso de cambio en la estructura por edades en América Latina se ha debido al efecto del “potencial de crecimiento” que se comentó en la sección anterior. Podría decirse que el envejecimiento acelerado de la población está “incubándose” y que los “síntomas” estarían dados por la

⁸ Por razones de orden biológico, ligado en parte a su función reproductiva, las mujeres enfrentan en la etapa post-menopáusica una situación de salud más delicada que los hombres, aunque los riesgos de muerte sean menores.

evolución de los componentes del cambio demográfico, principalmente la fecundidad, y por las diferencias en el ritmo de crecimiento de los distintos tramos de edades. En el presente, la tasa de crecimiento anual de las personas de edades avanzadas es muy elevada, del orden del 3 por ciento, mientras que la tasa del grupo 0–14 años es muy baja, en algunos casos prácticamente nula, e incluso negativa, por ejemplo en Brasil (gráfico 3).

Durante la década de 1990 en América Latina se incorporarían alrededor de 80 millones de nuevos habitantes. Como consecuencia de las diferencias en las tasas de crecimiento según tramos de edades, algo más de 5 millones serían menores de 15 años y 8.5 millones serían mayores de 60. En los años 1960 la situación fue totalmente diferente: se incorporaron más de 65 millones de niños y únicamente 4.5 millones de personas en edad avanzada. Esto quiere decir que está cambiando notoriamente la estructura por edades de los nuevos demandantes de servicios sociales. Mientras se estabiliza la proveniente de niños y jóvenes, facilitando la cobertura en salud y educación, van aumentando rápidamente los requerimientos de atención a las personas de edad avanzada.

Otra interrogante es por qué, si la esperanza de vida al nacer de la región aumentó veinte años en las últimas cuatro o cinco décadas y quizás cuarenta años desde comienzos de siglo, ello no se ha reflejado de la misma manera en la proporción de viejos. La esperanza de vida al nacer es el promedio de años vividos por todas las personas y a ella aportan los que viven muchos años, pero también aquellos que sólo lo hacen horas, días o pocos años. Las enormes ganancias en la duración media de la vida han sido aportadas principalmente por los que han logrado sobrevivir su primer año de vida o los primeros cinco años. En Chile, por ejemplo, a mitad del siglo, de mil nacidos vivos, ciento veinte no llegaban a sobrevivir para su primer cumpleaños, mientras que en la actualidad esa cifra se ha reducido a trece. Ello significa que la probabilidad de morir en la infancia se redujo en 90 por ciento. Mientras tanto la probabilidad de morir entre los 60 y 80 años de edad bajó en los mismos años sólo en un cuarto de su valor. Detrás de estos hechos hay un profundo cambio en los perfiles epidemiológicos de la población. Las preocupaciones actuales se centran cada vez más en las enfermedades crónicas y degenerativas propias de la creciente población en edades avanzadas, y menos en las de tipo transmisible, más frecuentes en edades tempranas, y las propias de la infancia.

2. Perspectivas del envejecimiento en los próximos cincuenta años

Como consecuencia del “boom” de nacimientos ocurrido hace cuatro o cinco décadas, la región se verá enfrentada a una “ola” de aumento de los mayores de 60 años. Entre 2010 y 2025 la tasa de crecimiento de ese segmento se acercará al 4 por ciento medio anual (gráfico 3), mayor aún a la que existió para la población total durante la llamada “explosión demográfica”. Por ello, a partir del 2000 la población de adultos mayores de América Latina se duplicará en sólo dos décadas, alcanzando a aproximadamente 80 millones de personas. Por tanto, los gobiernos deben estar preparados para que cada año, en promedio, haya 2 millones más de individuos que requieran programas sociales para ese sector de la sociedad. Esto contrasta con lo que ocurre con la tasa de crecimiento de la población menor de 15 años. Ella, con desfases entre los países, se torna levemente negativa u oscila alrededor de cero. Como resultado, la relación entre niños y viejos se reduciría a la mitad en el mismo período y la proporción de mayores de 60 años se duplicaría en treinta años, aunque sin igualar todavía la existente hoy en los países desarrollados (cuadro 1 y gráfico 2).

Dado el aumento en la esperanza de vida y el continuo descenso en la fecundidad, los países ya envejecidos profundizarán aún más esta característica. Japón casi duplicará el porcentaje de mayores de 60 años que se aproximará a 40 por ciento, frente a 13 por ciento de niños. La aceleración del envejecimiento en América Latina favorece la disminución de las diferencias intrarregionales y respecto a los desarrollados, pero no será suficiente para eliminar las disparidades en el próximo medio siglo.

Uruguay demorará treinta años en alcanzar el porcentaje de viejos que Francia y Japón tienen hoy, y tanto Chile como Brasil requerirán entre cinco y diez años más. Los países más atrasados en la transición demográfica, como Guatemala, no llegarán a tener una estructura por edades similar a la actual de los países desarrollados y sólo al acercarse al 2040 tendrán una situación como la chilena en 1995.

Todo hace pensar que el desafío impuesto por el envejecimiento de la población afecta a toda la humanidad, pero las condiciones de cada país son diferentes. No necesariamente los países más rezagados en este proceso estarán en una situación menos comprometida. En términos generales, su menor desarrollo no conduce a buenas perspectivas para asegurar una calidad de vida digna a la poca población de edad avanzada. Por otra parte, los países que están en la transición de su estructura por edades, enfrentan la coexistencia de demandas provenientes de la creciente población de adultos mayores y el todavía importante número de nacimientos y, por lo tanto, de niños.

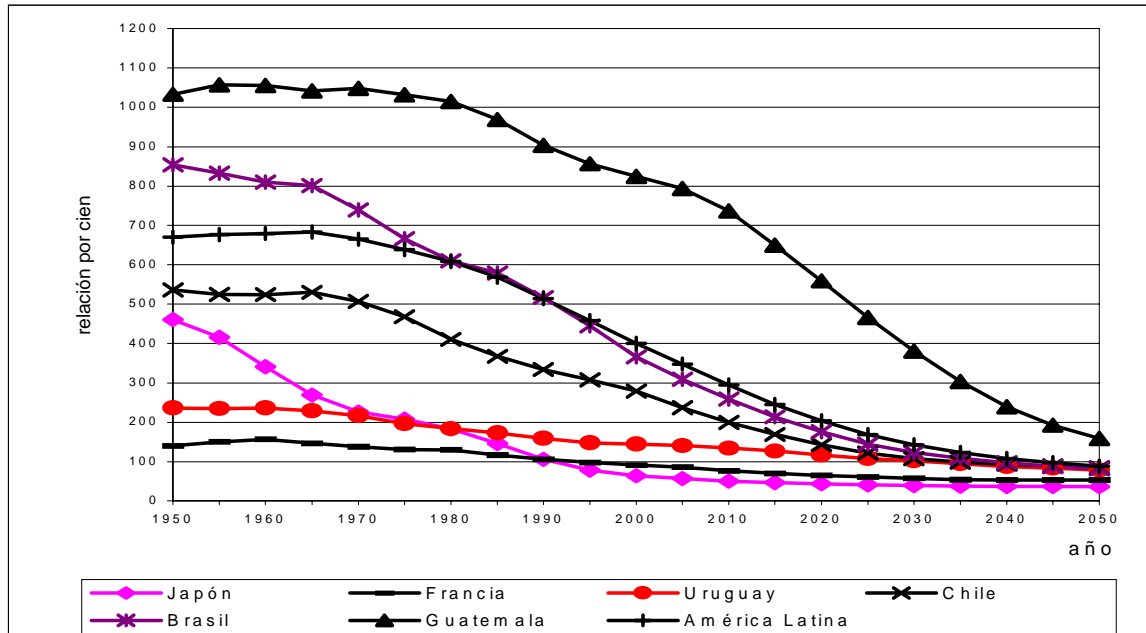
Lo expuesto significa que, por ejemplo, las dificultades de financiamiento de los sistemas de salud y seguridad social, podrían agravarse en el mediano plazo. Poco a poco, las agencias internacionales y los gobiernos de la región, parecen tomar conciencia de estos aspectos, y en muchos países se están estableciendo programas para el adulto mayor y se encaran reformas de los sistemas de seguridad social y de salud. Sin embargo, persiste la duda sobre el conocimiento acerca de las cifras que aquí se presentan, de la factibilidad de mantener en el tiempo las propuestas existentes y sobre los grados de equidad social que deberían tener.

Los factores demográficos explican sólo en parte los problemas de financiamiento y sustentabilidad de los sistemas de seguridad social, particularmente de jubilaciones. A los sistemas de reparto los afecta fundamentalmente el envejecimiento de la población, que altera la proporción de personas en edad de retiro; los de capitalización se ven influidos por el aumento de años de vida en la vejez. Sin embargo, varios estudios señalan que en la viabilidad futura de ambos tipos de sistemas tienen mayor peso factores de orden económico, como el comportamiento del mercado laboral y aspectos administrativos, específicamente los costos de gestión de los sistemas, y circunstancias de tipo político (CEPAL/CELADE y BID, 1996; Bravo, J., 1999).

Las condiciones económicas y sociales de las personas de edad no dependen solamente de los mecanismos que ofrecen los sistemas de seguridad social, estatales o privados, sino, principalmente en Latinoamérica, del rol que cumple la familia y las relaciones entre sus miembros. Las familias con muchos hijos, tradicionalmente eran vistas como una garantía de seguridad para los mayores, tanto en el sustento económico y arreglos residenciales, como para su integración en la sociedad. Sin embargo, el cambio demográfico producirá una enorme transformación en la estructura familiar, que se torna más pequeña, con menos hijos e integrada por varias generaciones simultáneamente.

El aumento de la duración de la vida conduce a la coexistencia, y frecuentemente a la cohabitación, de parejas con sus hijos, padres y abuelos. Aunque hay pocos estudios sobre las consecuencias de estos cambios en relación a la situación de los viejos, existe consenso en que conlleva una revisión del papel de la familia y a una reestructuración de las redes de apoyo mutuo entre sus miembros (FNUAP, 1998; CEPAL/CELADE, 1997). Quizás, una de las principales consecuencias para las personas de edad es una mayor dependencia de lo que el Estado y el mercado puedan ofrecer para sus arreglos residenciales, cuidados de salud y mecanismos de inserción social. Estos cambios afectarían más fuertemente a la mujer que, además de sus actividades laborales, debido a la persistencia de las inequidades de género, deberá cuidar de sus hijos y también de las personas de edad avanzada, muchas veces padres y abuelos. Las mujeres mayores, además de preocuparse por sus padres aún vivos, deben brindar apoyo a sus hijos, atender su hogar y colaborar en el cuidado de sus nietos.

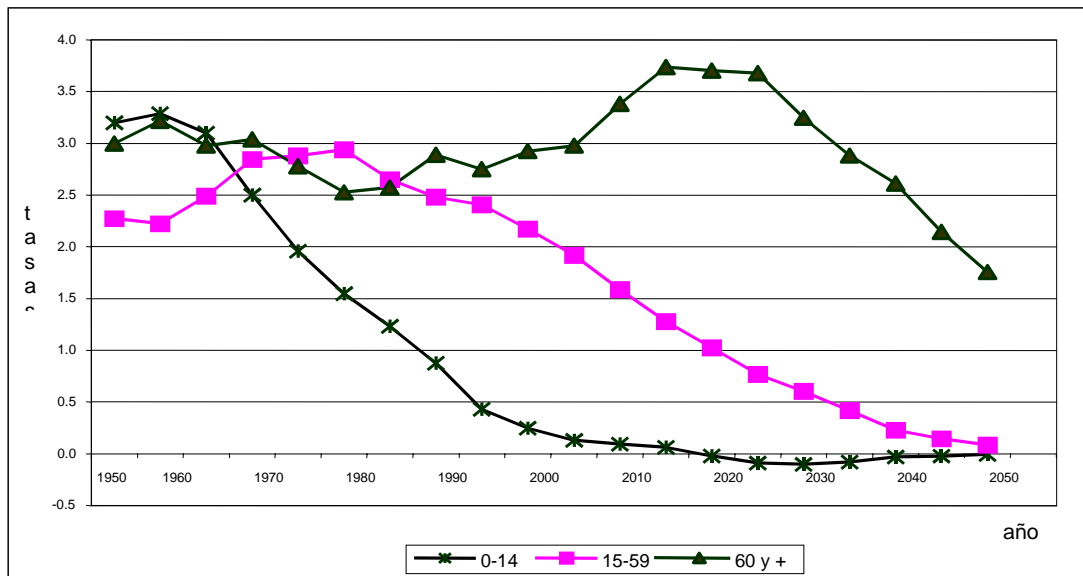
Gráfico 2
RELACIÓN NIÑOS-VIEJOS^a DE PAÍSES SELECCIONADOS



Fuente: CELADE (1998), Boletín Demográfico No. 62; Naciones Unidas (1998), "Population prospects – the 1998 revision".

^a Cociente entre la población de menores de 15 años de edad y la población de 60 y más años de edad.

Gráfico 3
AMÉRICA LATINA: TASAS DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN, SEGÚN GRUPOS DE EDADES



Fuente: CELADE (1998), Boletín Demográfico Nº 62.

IV. ¿Hacia una relación de dependencia favorable?

1. La relación de dependencia demográfica

Cuando se examina el porvenir en función de la dinámica demográfica futura predomina una visión pesimista, en función de la carga que significa para la sociedad una creciente población en edad avanzada potencialmente pasiva. El argumento para ello está en la relación gradualmente creciente entre población mayor de 60 años y población en edades activas, la que crecerá aún más.⁹ Si bien, en la región, en los últimos cincuenta años tal relación aumentó levemente, de 11 a 13 potencialmente pasivos de 60 años y más por cada cien potencialmente activos (cuadro 2), para el 2030 se duplicará y para el 2050 se triplicará (39 por cien). Como referencia, Japón tenderá a una relación cercana a 80 por cien.

Sin embargo, hay algunos elementos que permiten tener una visión más positiva, al menos para las próximas décadas. Para ello es necesario considerar la relación de dependencia total que incorpora la carga demográfica de niños y viejos conjuntamente. Debido al estancamiento que ya se percibe en la población menor de 15 años, la

9 La relación de dependencia demográfica total se define aquí como el cociente entre la suma de niños y viejos y la población en edad activa: $(\text{<de 15 años} + \text{60 y más años}) / (15\text{--}64 \text{ años})$. Se puede también considerar las relaciones de dependencia de cada uno de sus componentes: $(\text{<de 15 años}) / (15\text{--}64)$ y $(60 \text{ y más}) / (15\text{--}64)$. Esta es una relación de dependencia potencial que responde a la carga demográfica, pues la dependencia efectiva incorporaría en el denominador a los efectivamente activos, entre los cuales se encuentran las personas en edad pasiva que trabajan, y excluiría del numerador a las personas en edad activa que por alguna razón no integran la población económicamente activa.

Cuadro 2
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DEMOGRÁFICA TOTAL, DE MENORES
DE 15 AÑOS Y DE 60 Y MÁS AÑOS^a PARA PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS
(por cien)

| Indicadores demográficos | 1950 | 1970 | 1995 | 2010 | 2025 | 2050 |
|--|------|-------|-------|------|------|-------|
| América Latina | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 85.1 | 95.3 | 70.1 | 59.3 | 60.4 | 74.1 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 74.0 | 82.8 | 57.5 | 44.3 | 37.9 | 34.8 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 11.1 | 12.5 | 12.6 | 15.0 | 22.5 | 39.3 |
| Guatemala (transición demográfica moderada) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 93.8 | 100.8 | 101.6 | 82.5 | 63.7 | 58.7 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 85.5 | 91.9 | 90.9 | 72.6 | 52.4 | 36.0 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 8.3 | 8.9 | 10.7 | 9.9 | 11.3 | 22.7 |
| Brasil (plena transición demográfica) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 86.7 | 92.6 | 63.6 | 53.7 | 60.3 | 78.0 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 77.6 | 81.6 | 51.9 | 38.7 | 35.6 | 35.1 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 9.1 | 11.0 | 11.7 | 15.0 | 24.7 | 42.9 |
| Chile (transición demográfica avanzada reciente) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 77.2 | 88.6 | 64.0 | 59.7 | 67.7 | 76.3 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 65.1 | 74.0 | 48.3 | 39.8 | 37.2 | 34.8 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 12.1 | 14.6 | 15.7 | 19.9 | 30.5 | 41.5 |
| Uruguay (transición demográfica avanzada antigua) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 65.8 | 68.9 | 72.5 | 69.5 | 68.9 | 78.2 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 46.3 | 47.1 | 43.2 | 39.9 | 35.7 | 34.5 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 19.5 | 21.8 | 29.3 | 29.6 | 33.2 | 43.7 |
| Francia (transición demográfica completa) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 63.8 | 75.1 | 65.3 | 67.7 | 82.8 | 92.8 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 37.2 | 43.5 | 32.3 | 29.3 | 27.6 | 32.2 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 26.6 | 31.6 | 33.0 | 38.4 | 55.2 | 60.6 |
| Japón (transición demográfica completa) | | | | | | |
| Relación de dependencia total | 75.9 | 53.1 | 57.4 | 78.9 | 86.7 | 105.8 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 62.4 | 36.8 | 25.1 | 26.5 | 25.2 | 28.5 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 13.5 | 16.3 | 32.3 | 52.4 | 61.5 | 77.3 |

Fuente: CELADE (1998), Boletín Demográfico N° 62; Naciones Unidas (1998), "Population prospects – the 1998 revision".

^a **Relación de dependencia total** = (población de menores de 15 años más la población de 60 y más años) / (población de 15 a 59 años)

Relación de dependencia de menores de 15 años = (población de menores de 15 años) / (población de 15 a 59 años)

Relación de dependencia de 60 y más años = (población de 60 y más años) / (población de 15 a 59 años)

carga demográfica total tendría una tendencia a descender a valores notoriamente inferiores a los observados en el pasado, aunque luego se proyecta que ocurrirá cierta recuperación. Este “bono demográfico” se presenta en los países que han tenido una baja importante de la fecundidad en décadas recientes. Así, Chile y Brasil entre el 2000 y el 2020 tendrán relaciones de dependencia demográfica total próximas o inferiores a 60 potencialmente pasivos por cien potencialmente activos, mientras que en el pasado alcanzaron valores cercanos a 80 por cien. Guatemala, que en años recientes tenía una relación superior a 100 por cien, gozaría de este “beneficio” recién a partir del año 2030, mientras Japón lo habría ya tenido aproximadamente entre 1965 y 1995 (gráfico 4).

En Francia y Uruguay, países tradicionalmente de fecundidad baja y envejecidos, no se percibe una relación de dependencia demográfica favorable en el pasado reciente ni en los próximos cincuenta años. En Uruguay la migración internacional jugó un papel importante en la evolución de este indicador; la fuerte salida de jóvenes al exterior desde la década de 1970 produjo un aumento en esta relación, que se elevaría por sobre 70 pasivos por cada cien potencialmente activos. Este hecho condujo a Solari (1987) a hablar del envejecimiento “perverso”, porque a los componentes del crecimiento vegetativo de la población se le sumó la emigración de personas, cuya tasa alcanzó magnitudes similares a los de la mortalidad durante varios años, en los que el país prácticamente no creció. A ello se debería agregar el efecto de la importante inmigración de la primera mitad del siglo, la que hoy integra la población pasiva de edades avanzadas. Francia habría tenido también un efecto “perverso” en su estructura por edades, que entre 1960 y 1975 condujo a relaciones de dependencia superiores a 70 por cien. Ello se debería, por un lado, a las defunciones de jóvenes y a la brusca baja de nacimientos durante la segunda guerra mundial, lo que luego de veinte años se refleja en la disminuida población en edades activas y, por otro, al “boom” de nacimientos de la postguerra que todavía eran niños o adolescentes en el período mencionado.

Por otra parte, tanto el envejecimiento de la población como la relación de dependencia demográfica, que constituye una de sus expresiones, tienen gran diversidad de comportamientos al interior de los países. En particular, el “bono demográfico” estaría muy lejos de ser alcanzado por los sectores más desposeídos de la sociedad. La población bajo la línea de pobreza tiene una relación de dependencia demográfica marcadamente alta, de entre 1.5 y 2 veces más que la de los no pobres (cuadro 3). Para 1996, en Chile los pobres tienen 83 potencialmente pasivos por cien personas en edades activas, en Brasil 90 por cien y en Honduras 111 por cien. Estos, valores son la consecuencia de comportamientos demográficos caracterizados todavía por alta mortalidad y fecundidad, y por lo tanto por una alta proporción de niños. En los tres casos analizados los pobres tienen más de 40 por ciento de población menor de 15 años. Mientras tanto, los no pobres tienen aproximadamente un cuarto de su población en ese grupo de edad en Chile y Brasil, y un 30 por ciento en el caso de Honduras. En estos países la carga demográfica de niños en los pobres es el doble que en los no pobres y ocurre la inversa con la referida a los adultos mayores. Sin embargo, las cifras de Honduras muestran un importante porcentaje de población en edades avanzadas entre los pobres, así como una relación de dependencia elevada, aunque no se descarta que pueda deberse a problemas de información.

Los hogares pobres podrán en un futuro a mediano o largo plazo beneficiarse de una relación de dependencia menor, pero aunque la presión sobre su desmedrada situación económica pueda ser aliviada, no será este el factor más importante para salir de su estado de pobreza. Tampoco parece razonable que tengan que esperar un tiempo prolongado, cuando llegue el “bono demográfico” para que recién en ese momento se puedan beneficiar del ansiado despegue del desarrollo. En todo caso, las políticas sociales deberán tener presente que la liberación de recursos por la menor carga demográfica nacional, para que beneficie a

los más necesitados, deberá necesariamente implicar medidas de redistribución de los ingresos.

2. Las relaciones de dependencia efectiva y real

La relación de dependencia efectiva depende de dos factores: la evolución de la estructura de la población por edades y la variación en las tasas de participación en la población económicamente activa (PEA). Esta relación, calculada como el cociente de la población no económicamente activa (PNEA) y la PEA, en 1995 duplica la relación de dependencia demográfica total (cuadro 4 y gráfico 5). Ello indicaría que los factores relacionados con el mercado laboral tienen tanta o más importancia que el factor demográfico, considerando además que la relación efectiva no toma en cuenta la cesantía y el subempleo. La diferencia entre la relación demográfica y la efectiva, se debe fundamentalmente a la baja tasa de participación en la PEA por parte de las mujeres,¹⁰ que conduce a relaciones efectivas altas en todas las edades, debido a la disminución del denominador. Además, por su efecto en el numerador de la relación se obtienen valores sorprendentemente elevados en las edades comprendidas entre 15 y 60 años de edad (más de 50 inactivos por cada cien activos en América Latina, en Guatemala 72 por cien y en Uruguay 37 por cien). Ello más que compensa el efecto contrario que produciría la existencia de niños y adultos mayores activos, que no es nada despreciable en la mayoría de los países de la región (cuadro 4).

La importancia del mercado laboral es mucho más notoria si se toma en cuenta la relación de dependencia “real”, que considera la población desocupada como dependiente, al menos en un porcentaje promedio basal.¹¹ Esta relación es siempre superior a la efectiva y en algunos casos varias veces mayor que la relación de dependencia demográfica. En el cuadro 5 se aprecian las diferencias para Brasil, Chile y Honduras (total, no pobres y pobres) en años recientes, a partir de datos de encuestas de hogares. Al excluir del denominador la población desocupada, la relación de dependencia de todos los grupos de edades se ve incrementada. Ello ocurre con más fuerza en la relación del grupo 15–59 a la que también se agregan los desocupados en su numerador al considerar a ese sector como dependiente.

La mayor influencia de los desempleados en la relación de dependencia real de la población pobre se debe a la alta asociación que esta subpoblación tiene con los índices de desempleo. Considerando todos estos elementos la relación de dependencia real del total de los pobres alcanza valores entre 180 y 340 por cien, siendo más del doble de la carga demográfica en Brasil y Honduras y casi cuatro veces en el caso de Chile. La comparación entre países del comportamiento según grado de pobreza debe hacerse con cautela, pues la interpretación depende en parte de la forma de identificar estas subpoblaciones y, además, debe considerarse que la magnitud de los grupos pobres es muy variable de país a país. Ello conduce, por ejemplo, a que la relación real del promedio nacional en Chile se parezca más a los no pobres, mientras en Honduras ocurre lo contrario. El enorme valor de las relaciones efectiva y real de los pobres en el primer país, se debería a la mucho mayor concentración de mujeres “inactivas” y del desempleo en ese sector.

Finalmente, se percibe que el llamado “bono demográfico” de las próximas décadas se vería potenciado por el aumento de las tasas de participación en la actividad económica de la población entre 15 y 60 años, bajo la hipótesis de una tendencia creciente en la incorporación de la mujer a la oferta de mano de obra. Las proyecciones para América Latina de las tasas de actividad femenina, en esas edades, suponen un aumento de un 20 por ciento en 15 años (CELADE, 1999). La relación

10 En parte, la baja participación femenina en la actividad económica podría deberse a una subestimación de la misma en las fuentes tradicionales de recolección de la información.

11 Aquí se definió la relación de dependencia real como el cociente entre la población no económicamente activa más los desocupados, y la población económicamente activa ocupada.

Cuadro 3
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DEMOGRÁFICA, SEGÚN NIVEL
DE POBREZA PARA PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS
(por cien)

| País (año) | Total | Pobre | No pobre |
|---|--------------|--------------|-----------------|
| Brasil (1996) | | | |
| Relación de dependencia total | 66.1 | 90.1 | 55.3 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 51.9 | 83.5 | 37.5 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 14.3 | 6.6 | 17.8 |
| Chile (1996) | | | |
| Relación de dependencia total | 61.8 | 82.8 | 56.9 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 45.3 | 74.4 | 38.4 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 16.5 | 8.4 | 18.4 |
| Honduras (1997) | | | |
| Relación de dependencia total | 98.0 | 110.8 | 61.5 |
| Relación de dependencia de menores de 15 años | 85.5 | 98.3 | 48.9 |
| Relación de dependencia de 60 y más años | 12.5 | 12.5 | 12.6 |

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuesta de hogares de los respectivos países.

Cuadro 4
TASA DE ACTIVIDAD Y RELACIÓN DE DEPENDENCIA EFECTIVA,^a
SEGÚN AÑOS Y PAÍSES SELECCIONADOS
(por cien)

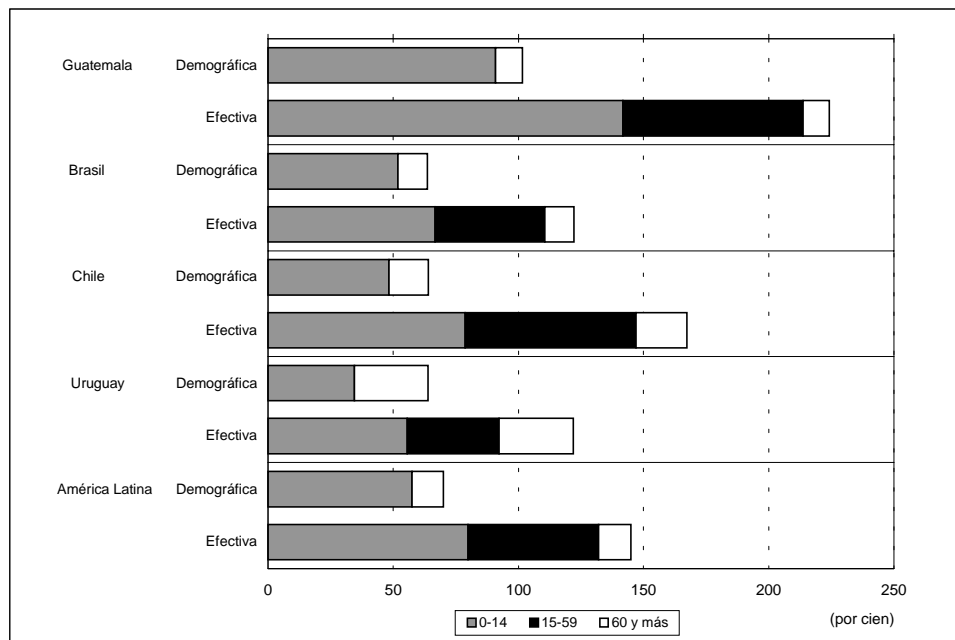
| Año / indicador | América Latina | Guatemala | Brasil | Chile | Uruguay |
|----------------------------------|-----------------------|------------------|---------------|--------------|----------------|
| 1995 | | | | | |
| Tasa de actividad | | | | | |
| Total | 52.9 | 45.3 | 56.8 | 47.0 | 54.3 |
| 10 – 14 | 11.3 | 10.1 | 15.8 | ^b | ^b |
| 15 – 59 | 63.7 | 55.3 | 67.7 | 58.1 | 71.5 |
| 60 – 64 | 34.3 | 42.6 | 30.1 | 25.7 | 27.5 |
| 75 y más | 13.2 | 22.8 | 10.8 | 6.1 | 5.3 |
| Relación de dependencia efectiva | | | | | |
| Total | 144.8 | 224.0 | 122.3 | 167.2 | 121.9 |
| 0 – 14 | 79.8 | 141.7 | 66.7 | 78.7 | 55.6 |
| 15 – 59 | 52.3 | 72.0 | 43.8 | 68.3 | 36.6 |
| 60 y más | 12.8 | 10.4 | 11.7 | 20.3 | 29.7 |
| 2010 | | | | | |
| Tasa de actividad | | | | | |
| Total | 56.7 | 50.6 | 59.8 | 51.3 | 56.6 |
| 10 – 14 | 8.0 | 9.3 | 11.1 | ^b | ^b |
| 15 – 59 | 68.3 | 61.2 | 71.3 | 64.3 | 74.1 |
| 60 – 64 | 32.9 | 42.1 | 29.4 | 26.6 | 31.7 |
| 75 y más | 10.0 | 20.2 | 7.6 | 4.4 | 6.6 |
| Relación de dependencia efectiva | | | | | |
| Total | 116.7 | 172.6 | 101.4 | 133.3 | 109.6 |
| 0 – 14 | 58.7 | 105.4 | 48.9 | 58.1 | 49.3 |
| 15 – 59 | 43.1 | 57.9 | 37.7 | 52.1 | 32.1 |
| 60 y más | 14.9 | 9.3 | 14.8 | 23.1 | 28.3 |

Fuente: CELADE Boletín Demográfico N° 62 y N° 64.

^a Relación de dependencia efectiva total: cociente entre la población no económicamente activa total y la población económicamente activa total.
 Relación de dependencia por grupo de edad: cociente entre la población no económicamente activa del grupo y la población económicamente activa total.

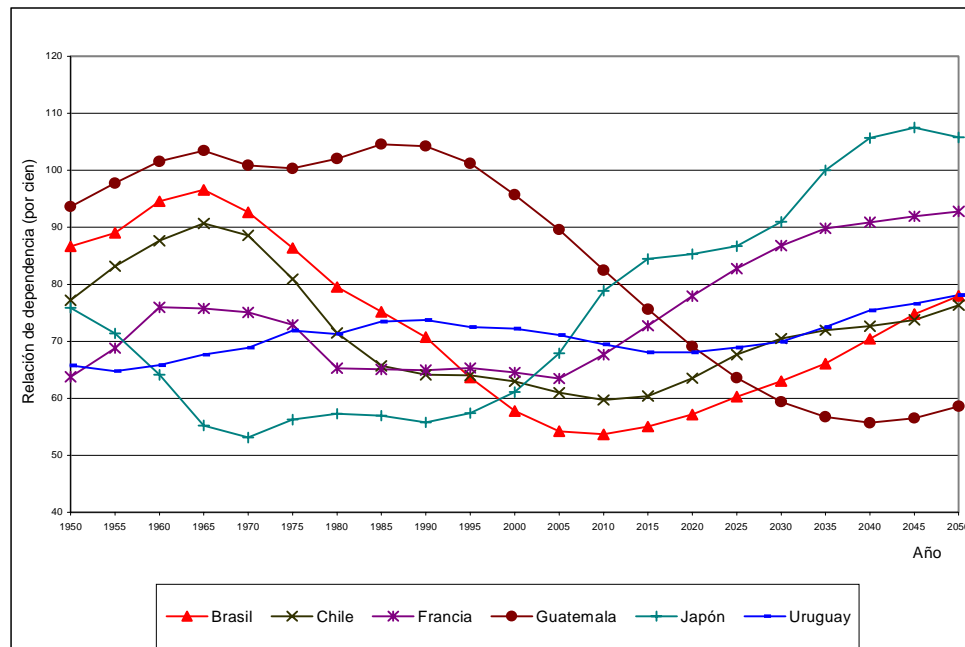
^b No se consideró la población económicamente activa de menores de 15 años.

GRÁFICO 4
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DEMOGRÁFICA Y EFECTIVA PARA PAÍSES SELECCIONADOS



Fuente: CELADE, Boletín Demográfico N° 62 y N° 64.

Gráfico 5
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DEMOGRÁFICA



Fuente: CELADE (1998); Boletín Demográfico N° 62.

Cuadro 5

**RELACIÓN DE DEPENDENCIA DEMOGRÁFICA, EFECTIVA
Y REAL DE BRASIL (1996), CHILE (1996) Y HONDURAS (1997),
POR GRANDES GRUPOS DE EDADES, SEGÚN GRADO DE POBREZA**

| País y grupos de edad | Relación de dependencia | | | | | | | | |
|------------------------|-------------------------|--------------|-------------|--------------|--------------|--------------|--------------|--------------|--------------|
| | Demográfica | | | Efectiva | | | Real | | |
| | Total | Pobres | No pobres | Total | Pobres | No pobres | Total | Pobres | No pobres |
| Brasil (1996) | | | | | | | | | |
| Total | 66.1 | 90.1 | 55.3 | 113.7 | 155.7 | 95.8 | 128.7 | 184.7 | 106.2 |
| 0 – 14 | 51.9 | 83.5 | 37.5 | 61.3 | 102.3 | 43.9 | 67.6 | 116.7 | 47.8 |
| 15 – 59 | 0.0 | 0.0 | 0.0 | 39.7 | 47.6 | 36.3 | 47.5 | 61.4 | 41.9 |
| 60 y + | 14.3 | 6.6 | 17.8 | 12.7 | 5.9 | 15.6 | 13.7 | 6.6 | 16.5 |
| Chile (1996) | | | | | | | | | |
| Total | 61.8 | 82.8 | 56.9 | 156.4 | 270.7 | 136.4 | 170.8 | 338.8 | 145.0 |
| 0 – 14 | 45.3 | 74.4 | 38.4 | 71.6 | 150.6 | 57.8 | 75.6 | 178.2 | 59.9 |
| 15 – 59 | 0.0 | 0.0 | 0.0 | 65.0 | 106.1 | 57.8 | 74.0 | 143.2 | 63.3 |
| 60 y + | 16.5 | 8.4 | 18.4 | 19.9 | 14.0 | 20.9 | 21.2 | 17.3 | 21.8 |
| Honduras (1997) | | | | | | | | | |
| Total | 98.0 | 110.8 | 61.5 | 168.9 | 189.6 | 112.5 | 178.0 | 201.4 | 115.7 |
| 0 – 14 | 85.5 | 98.3 | 48.9 | 111.2 | 129.1 | 62.5 | 115.0 | 134.5 | 63.4 |
| 15 – 59 | 0.0 | 0.0 | 0.0 | 48.4 | 50.8 | 41.8 | 53.3 | 56.8 | 43.9 |
| 60 y + | 12.5 | 12.5 | 12.6 | 9.2 | 9.6 | 8.2 | 9.6 | 10.1 | 8.3 |

Fuente: CEPAL.

de dependencia efectiva de la región bajaría de 145 por cien en 1995 a 117 por cien en el 2010 (cerca de un 20%), mientras que la relación de dependencia demográfica lo haría de 70 a 59 por cien (16%).

3. Las interpretaciones de la evolución futura de la relación de dependencia

La visión positiva de una baja en la relación de dependencia en las próximas décadas en países de la región, se basa en que la todavía creciente, y proporcionalmente mayor fuerza de trabajo, tendrá a su cargo un menor número de pasivos. Esto permitiría liberar recursos, antes destinados al gasto social para atender a los niños, para realizar inversiones productivas que dinamicen la economía. Ello incluye inversiones también en el área social, mejorando la calidad de los servicios de salud y educación, lo que redundaría en una mejor calificación y competitividad de la mano de obra. Esto sería una oportunidad de favorecer el desarrollo económico y así poder enfrentar mejor el futuro a más largo plazo, cuando la población en edades avanzadas adquiera una mayor relevancia y las tasas de dependencia se vuelvan a elevar.

Es difícil establecer si el ahorro derivado de la estabilización en el número de niños será capaz de cubrir los costos implicados por la creciente población en edad avanzada y la realización de inversiones adicionales para mejorar la calidad de los recursos humanos. Este aspecto es muy complejo, pues intervienen muchos factores, como los costos del nacimiento, crianza, salud y educación de los niños *versus* los costos económicos, de salud, y apoyo social a las personas de edad avanzada. En general, existe la idea de que en salud es muy superior el costo de las personas mayores, pues las enfermedades que los afectan son generalmente de larga duración y la medicina

que requieren es más sofisticada, tanto para los diagnósticos como para el tratamiento. Esto se vería agravado por el aumento de la esperanza de vida a edades elevadas, ya que los tratamientos de las enfermedades se prolongarían por un mayor número de años.

Las estimaciones del promedio de la región (cuadro 2) consideran que cuando la fecundidad era alta (década de 1960), la relación de dependencia demográfica de niños era de 80 por cada cien personas en edad activa, y la de viejos era de 12. En cambio, en las próximas décadas, en que actuaría el “bono demográfico”, este indicador sería 42 y 17 por cien, respectivamente. El crecimiento de la relación de dependencia de 5 viejos más por cada cien activos, sería ampliamente compensado por cerca de 40 dependientes menos de corta edad. Para que tal compensación no ocurriera, el gasto en una persona de edad avanzada debiera ser más de ocho veces superior al requerido para un niño, lo que parece improbable.

No obstante, puede argumentarse que la alta proporción de población en edades activas, implicará una importante demanda por empleos, que puede conducir a problemas de desocupación y de pobreza. En este sentido, muchos países podrían no estar en condiciones de aprovechar la oportunidad de una relación de dependencia favorable para acelerar su desarrollo económico. En el decenio de 1980, en América Latina, la oferta de mano de obra creció en un poco más de 40 millones de personas, luego aumentó en alrededor de 50 millones en los 90s, y se prevé que entre 2010 y 2020 lo hará en 47 millones. Un atenuante a esta preocupación es que la tasa de crecimiento de la población en edad activa descendería sostenidamente. Es decir, simultáneamente con el descenso de la relación de dependencia se produciría una fuerte baja de la tasa de crecimiento medio anual de esta población. Por ejemplo, en Brasil pasaría de 2 por ciento en la actualidad a 0.5 por ciento en el año 2020. Sin embargo, para esta última fecha la tasa de crecimiento de la población económicamente activa, aunque también decreciente, sería el doble debido principalmente al mencionado aumento que se supone podría ocurrir en la participación femenina.

Otro aspecto a considerar es que el proceso de envejecimiento de la población general, también se observa en su población en edad activa, aquí representada por el tramo de edades entre 15 y 59 años de edad. Donde la transición está adelantada, como Brasil y Chile, a mediados de siglo las personas de 35 a 59 años, es decir las personas en edades activas mayores, representaban 40 por ciento del total de la población potencialmente activa. En 15 ó 20 años más esta proporción se acercará al 50 por ciento y a mediados del siglo que viene será cercana al 55 por ciento. Como es de esperar, Guatemala atravesará esa misma evolución con un desfase de varias décadas.

No es obvio el efecto que tendrá esta población activa más envejecida sobre el proceso de desarrollo. Por un lado, podría ser favorable para la economía contar con una mano de obra madura, más experimentada y quizás más calificada. Sin embargo, esto podría ponerse en duda al considerar que las personas mayores tienen más dificultad para incorporar el acelerado progreso técnico, a lo que se sumaría un cierto desaliento en el trabajo por la cercanía a la edad de retiro, que conduciría a una menor productividad. Las estadísticas de la región muestran sistemáticamente que la población entre 25 y 60 años, principalmente sobre los 45 años de edad, tiene un mayor porcentaje de población que no ha superado la educación primaria comparado con los jóvenes entre 15 y 25 años (CEPAL, 1998). A esto se agregaría, además, el mayor costo que representa para un país tener activos que, por su antigüedad laboral y formación profesional, podrían percibir mayores salarios. Solari (1967) argumentaba acerca del efecto desfavorable sobre la producción que tendría el envejecimiento de la población activa. En particular, mencionó que ello tendería “... a disminuir enormemente la movilidad del empleo. La “viscosidad” es característica de la mano de obra envejecida. En general, esto tiene un efecto conservador sobre la evolución de las estructuras económicas, como puede probarlo acabadamente el caso de Francia.” Esta ambigüedad seguramente no es fácil de dirimir, pero no excluye la necesaria consideración de un factor que también es consecuencia del proceso de envejecimiento.

Finalmente, habrá que tomar en cuenta que los viejos también serán más viejos, es decir que la distribución por edades de este sector de la población verá incrementar proporcionalmente el grupo mayor, el que pertenece a la “cuarta edad”. Dentro del grupo de mayores de 60 años, los que tienen más de 75 años tendrán un notable aumento. Para el promedio de la región hace cuarenta años el 17 por ciento de los viejos estaba en la “cuarta edad”, en la próxima década serán aproximadamente 25 por ciento y 34 por ciento en medio siglo. En Francia los viejos mayores ya tienen el porcentaje que se prevé para América Latina en el 2050, y se supone que para ese momento, al igual que Japón, se acercarán a la mitad. Esto indiscutiblemente conducirá a incrementar los costos de atención a los dependientes mayores, que requerirán más cuidados, mayor preocupación para sus arreglos residenciales y prácticamente no tendrán participación en el proceso productivo. En cambio, se verá disminuida la proporción de viejos en la “tercera edad” que tienen la capacidad para ser autónomos, tener una participación en las actividades económicas y una mayor integración social. En el promedio de América Latina, las tasas de participación en la actividad económica de los mayores de 75 años es tres veces menor que las de la población de 60 a 74 años, y en Uruguay llega a ser cinco veces más baja. Pareciera además, que esta diferencia sería mayor en el futuro, pues en el grupo de edad 60–74 años es posible que las tasas puedan aumentar, mientras que entre los mayores de 75 se espera un descenso.

Reflexión final

El hecho de que el envejecimiento aún no se haya traducido en un cambio explosivo en el porcentaje de viejos en los países latinoamericanos, incluidos aquellos que están en plena transición demográfica, no significa que no sea un hecho ya vigente. El crecimiento de la población en edades avanzadas y el número de personas que cada año se agrega a ese grupo, constituyen un gran desafío para la atención de sus demandas.

Pese a que se espera un sostenido aumento en la proporción de viejos en los próximos años, la relación de dependencia demográfica y la efectiva descenderán considerablemente debido a la estabilización de los nacimientos. Se considera este hecho como una “oportunidad demográfica” que favorecería el desarrollo económico y social, al liberarse recursos antes destinados a atender las demandas de salud materno e infantil y la cobertura de educación preescolar y primaria. Dichos recursos podrían destinarse, entre otras cosas, a asegurar condiciones de vida dignas para las personas de edad avanzada, mejorar la calidad de la educación vinculada al progreso tecnológico o realizar inversiones productivas. No obstante esto podría verse mediatizado porque el envejecimiento también ocurrirá en el tramo de edades activas y de las personas en edad avanzada, con disímiles consecuencias para la sociedad.

De todas maneras, en las próximas décadas la región enfrentará el desafío de un cambio irreversible en la estructura por edades de su población. Por lo tanto, deberán contemplarse políticas y programas en torno al retiro laboral con condiciones de vida dignas y la permanencia en el trabajo de personas que desde el punto de vista de su edad pueden considerarse viejas, pero que tienen capacidades y derechos para ser autónomos y prestar servicios útiles a la sociedad. Los sistemas de salud y seguridad social deberán adaptarse a un número creciente de adultos mayores, que además tienen una vida más prolongada, y a una sociedad cambiante. La reducción del tamaño de la familia, debido a una fecundidad cada vez menor, tendrá impactos importantes en términos de los arreglos de vida de las personas mayores y de las relaciones entre sus miembros.

Bibliografía

- Bourgeois Pichat, J. (1985), “Las nuevas fronteras de la demografía”, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED), Serie LC/DEM/G.33, Santiago de Chile.
- Bravo, J. (1999), “El envejecimiento de la población y los sistemas de pensiones: América Latina en una perspectiva internacional”, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Banco Interamericano de Desarrollo (BID) e Instituto Nacional de Estudios Demográficos de Francia (INED), (inédito).
- Chesnais, J. C. (1990), “El proceso de envejecimiento de la población”, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) e Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED), Serie LC/DEM/G.87, Santiago de Chile.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1998), “Panorama Social de América Latina”, Serie LC/G.2050-P, Santiago de Chile.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) (1997), “Envejecimiento: cuatro facetas de una sociedad para todas las edades”, Serie LC/DEM/G.174, Santiago de Chile.
- _____(1998), *Boletín Demográfico* N° 62, Santiago de Chile, julio.
- _____(1999), *Boletín Demográfico* N° 64, Santiago de Chile, enero.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) y Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (1996), “Impacto de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América Latina”, Serie LC/DEM/G.161, Santiago de Chile.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP) (1998), “Estado de la Población Mundial 1998. Las nuevas generaciones”, Nueva York.

- Laslett, P. (1996), "What is Old Age? Variation Over Time and Between Cultures". en *Health and Mortality among Elderly Populations*, editado por Graziella Caselli y Alan D. Lopez, Clarendon Press Oxford.
- Neugarten, B. (1976), *The Psychology of Aging: An Overview*, American Psychological Association, Washington D. C.
- Dechter, A. y S. Preston (1991), "Age Misreporting and its Effects on Adult Mortality estimates in Latin America", en *Population Bulletin of the United Nations*, N° 31/32, Nueva York.
- Solari, A. (1957), "El fenómeno del envejecimiento de la población uruguaya", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol XIX, N° 2, Abril–Junio, México.
- ___(1967), *El desarrollo social del Uruguay en la postguerra*, Editorial Alfa, Montevideo.
- ___(1987), "El envejecimiento de la población uruguaya treinta años después" en *Cuadernos del CLAEH*, N° 43, *Revista Uruguaya de Ciencias Sociales*, 2da. Serie, Año 12, Montevideo
- Tout, K. (1989), *Ageing in Developing Countries*, Oxford University press, Nueva York.
- United Nations (1998), *World Population Prospects. The 1998 Revision*, Vol. I, ESA/P/WP.150, Nueva York.



NACIONES UNIDAS



Serie

población y desarrollo

Números publicados

- 1 Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética (LC/L.1231-P), N° de venta: S.99.II.G.22 (US\$ 10.00), 1999. [www](#)
- 2 América Latina y el Caribe: crecimiento económico sostenido, población y desarrollo (LC/L.1240-P), N° de venta: S.99.II.G.30 (US\$ 10.00), 1999. [www](#)
- 3 Migración internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños: protagonismo y vulnerabilidad (LC/L.1407-P), N° de venta: S.00.II.G.75 (US\$ 10.00), 2000.
- 4 El envejecimiento de la población latinoamericana: ¿hacia una relación de dependencia favorable? (LC/L.1411-P), N° de venta: S.00.II.G.80 (US\$ 10.00), 2000.

-
- El lector interesado en adquirir números anteriores de esta serie puede solicitarlos dirigiendo su correspondencia a la Unidad de Distribución, CEPAL, Casilla 179-D, Santiago, Chile, Fax (562) 210 2069, publications@eclac.cl.
 - [www](http://www.eclac.cl) : Disponible también en Internet: <http://www.eclac.cl>

Nombre:

Actividad:.....

Dirección:.....

Código postal, ciudad, país:

Tel.: Fax: E.mail: